

JOSE ANTONIO JAUREGUI

Antropólogo

## España, medio milenio

EN una de mis salidas de España a Estados Unidos con mi mujer y mis cuatro hijos —ahora cinco con María Teresa de los Angeles—, al recoger el pasaporte de manos del policía aduanero, le dije a éste: «¡Guarden ustedes a España!» «No se preocupe —me contestó—. Fíjese cuántas veces hemos intentado destruirla y no lo hemos conseguido.»

¿Ha sido el deporte favorito y tradicional de los españoles —como dice este aduanero— el intentar destruir a su propio país? ¿Tendrá razón Madariaga cuando dice en su libro «España» que «los dos males que atormentan a España son el separatismo y la dictadura» (páginas 580-581) y que «nada más característico del alma española que esta calidad quebradiza de su sustancia y que hallamos por cierto de manifiesto en los Estados Desunidos de Hispanoamérica (fruto de la dictadura y del separatismo) en contraste con los Estados Unidos de Angloamérica»? (p. 30). ¿Será verdad que «siempre es necesario un poco de guerra civil a fin de captar los ojos y los oídos de los españoles, cuyo interés por su vecino se despierta en cuanto existe una probabilidad razonable de romperle la cabeza —desde luego para salvarle el alma—? —cito de nuevo a Madariaga (p. 95). ¿Será el epitafio de Larra la mejor definición de España:

«Aquí yace media España: la mató la otra media?»

Y, ¿qué pensar del título estremecedor de don José Ortega y Gasset «España invertida»? En realidad, si Ortega y Gasset dio en el clavo con este título, no hay peligro de que España se desuna, se deshaga o se desintegre, al no haber estado vertebrada. ¿Serán las palabras que España ha regalado al mundo occidental como lo más suyo, lo más original, lo más español «junta», «guerrilla», «golpe», «caudillo», «pronunciamiento» —citadas por Jean-François Revel en el último número de «Le Point» y calificadas por este mismo escritor como «no precisamente evocadoras de soluciones civilizadas», siendo «transición» el único rayo de luz de estas tinieblas políticas y bárbaras? Antonio Machado parec no diferir de estos análisis tremendos o tremendistas, cuando pone en guardia al español que acaba de nacer:

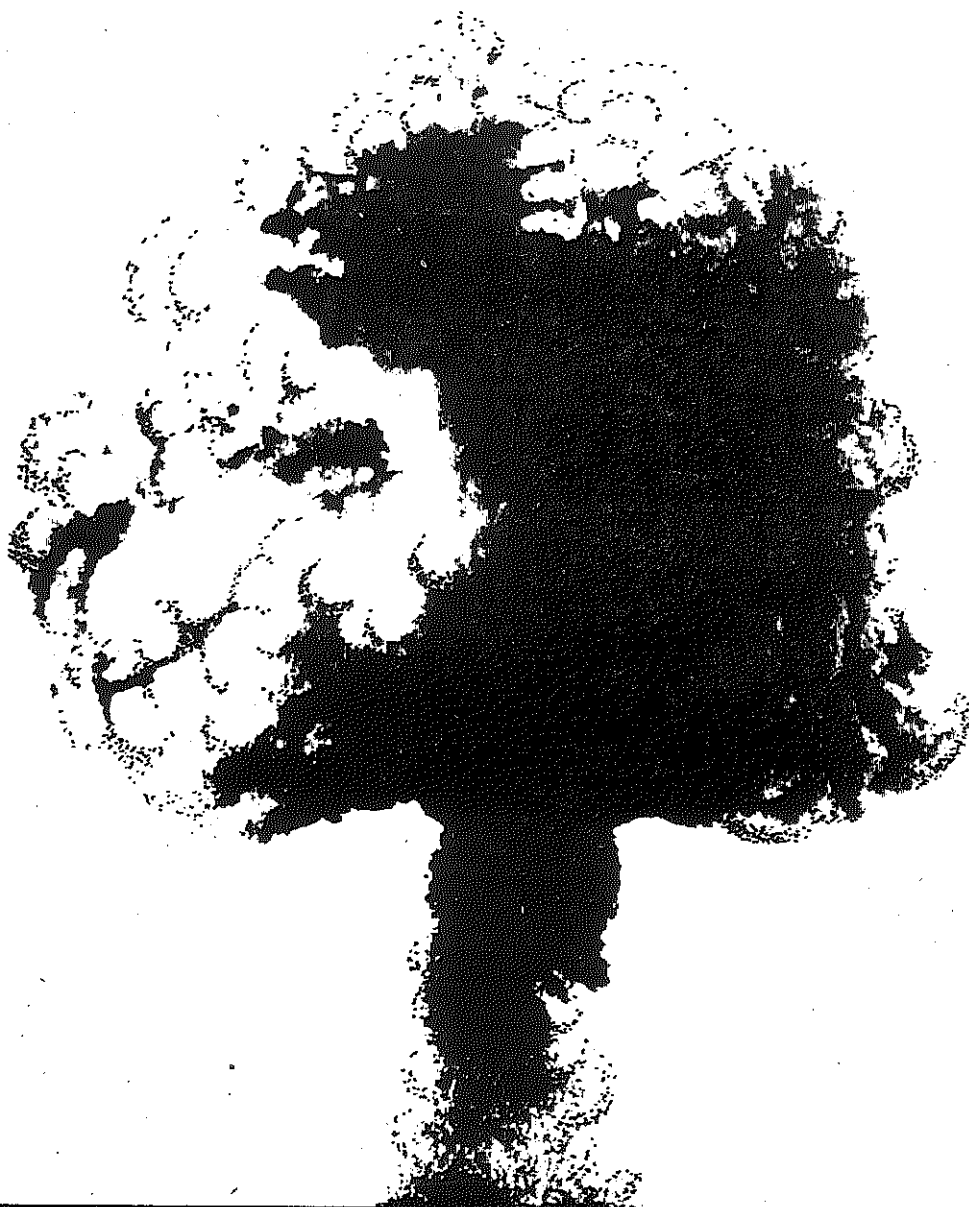
«Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.»

¿Dónde está la razón de tanta sinrazón? Machado, don Antonio, parece haber hallado la raíz de este mal:

«—Nuestro español bosteza. ¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío? Doctor, ¿tendrá el estómago vacío? —El vacío es más bien en la cabeza.»

¡Vaya por Dios! Si al menos el diagnóstico hubiese sido un

A las puertas ya de 1992, piensa el autor que hay que revisar muchos tópicos sobre España y los españoles. Sopesar muchos hechos, comparar y contrastar los músicos, pintores o poetas españoles con los alemanes o japoneses, la cultura española con la sueca o la francesa, y también los santos inquisidores o dictadores españoles con otros führer, ayatollahs, dantones o robespierrres, o bien Guernica con Nagasaki.



“El “Guernica” de Picasso estuvo muchos años en el país que bombardeó Hiroshima. Lo de Hiroshima fue un bombardeo democrático. Un acto terrorista dantesco, pero democrático”

retraso económico, habría alguna esperanza. Pero según el doctor de Machado se trata de un retraso mental: el español es un retrasado mental. León Felipe tampoco es muy optimista al presentarnos su propia visión de España en el poema cuyo título, «El hacha», no es muy halagüeño:

«En España no hay dos bandos, en esta tierra no hay dos bandos, en esta tierra maldita no hay dos bandos. No hay más que un hacha amarilla,

que ha afilado el rencor. Aquí no hay más que átomos, átomos que se muerden.»

Hemos nacido y crecido los de la generación del racionalismo, de Roberto Alcázar y Pedrín y de «los maquis» oyendo aquella tonadilla de «No hay más que una, España no hay más que una», mientras alguien decía por lo bajini: «porque si hubiese otra, nos iríamos a la otra». «¡Una! ¡Grande! ¡Libre!», se nos gritaba por el altavoz, y alguien susurraba al oído: «Grande, porque caben los norteamericanos y los españoles. Libre, porque hay libertad para encender el cigarrillo con cerillas o con mechero.» «¡Somos la reserva de los valores espirituales de Occidente! ¡Todos nos tienen envidia en el extranjero, porque somos el país más grande de la historia!»

¿Qué es España, en realidad? ¿Tan invertida como dice Ortega y Gasset? ¿Tan aquejada de un vacío mental irremediable, según el diagnóstico de Machado? ¿Tan envidiada de los extranjeros que, hundidos los pobrecitos en su complejo de inferioridad, se han desquitado con la famosa «leyenda negra»?

Llevo varios años dándole vueltas en la cabeza a todas estas diatribas o hipérboles, a cuanto se ha dicho y escrito sobre España, no poco, por propios y ajenos. Al contemplar el muro de Berlín me dije: «Pues aquí también podría colocarse el epitafio de Larra: aquí yace medio Berlín y media Alemania.» Al pasearme por Auschwitz me pregunté: «¿Habría también un hacha amarilla afilada por el rencor fuera de la Península y las islas ibéricas? A ver si resulta ahora que Caín no tenía pasaporte español.» Al pasearme por el museo de horrores de Hiroshima —en 1976— me pregunté: «¿Dónde está el “Guernica” de Picasso? ¡Anda, si está en el país que bombardeó Hiroshima y Nagasaki! Claro, claro —me tranquilicé—. Es que el bombardeo de Hiroshima era un bombardeo democrático. Fue un acto terrorista dantesco, pero democrático.»

Quizá ha llegado el momento de poner algunos puntos sobre las íes. Quizá sea éste el momento de hacer un balance histórico de las luces y de las sombras, del debe y del haber de España, desde que se oyeron

(Sigue en página 4) ● ● ●

OTO  
J.S. 4

## España, medio milenio

● ● ● (Viene de página 3)

aquellos dos grandes gritos en 1492: «*Ganada es Granada*» y «*¡Tierra! España ha creado los Estados Desunidos de Hispanoamérica.*»

Sea, pero sin España no habría México, ni Argentina, ni Nicaragua, ni Cuba, ni *Isabel Preysler* sería filipina, ni existiría una ciudad que se llama el Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Angeles y Porciúncula, ahora más conocido como L.A.

En una sesión de la ONU, se levantaron varios embajadores que intentaron probar que fueron los irlandeses los que descubrieron América, y los vikingos y... «*Bien, no lo niego*—cortó el embajador *Piniés*, como si estuviese inspirado por el mismísimo *Cristóbal Colón*—. *Pero cuando España descubrió América, quedó descubierta.*» ¡Qué corte! Le aplaudieron los Reyes Católicos, todos los hispanos, *Unamuno* y todos los españoles.

Tal vez tenga el español la cabeza vacía, pero para tener la cabeza vacía no está mal del todo el haber creado una de las culturas más ricas en calidad y cantidad del mundo occidental, en cuyo seno han florecido el español o castellano, la literatura de *Cervantes* y de *Borges*, de *Pérez Galdós* y de *Vargas Llosa*, de *Quevedo* y de *Gabriel García Márquez*, la pintura de *Velázquez* y de *Picasso*, la arquitectura de tantas iglesias, universidades, monumentos, calles, plazas, la música del padre *Victoria* y de *Falla*, la cultura popular de la infinita variedad de trajes regionales, de danzas vistosas, de géneros musicales variopintos, de ferias y fiestas al estilo de los sanfermines o las fallas valencianas.

Somos los españoles «*átomos que nos mordemos*». Bien. Pero a pesar de «*nuestras pasiones políticas del separatismo y la dictadura*» y de nuestra «*afición a la guerra civil*», el pueblo español se ha mantenido unido durante cinco siglos y no está hoy Madrid separado por un muro vallado, minado e infranqueable por la puerta de Alcalá, ni tenemos los españoles en nuestro deber ético *Auschwitz* e *Hiroshima* ni a *Hitler* y a *José Stalin*. No están mal la elegancia del «*decíamos ayer*» de *fray Luis de*

*León*, o la defensa de los derechos humanos de *fray Bartolomé de las Casas*, o la carta magna de la igualdad de derechos del hombre de *Francisco de Victoria*, o el mestizaje de razas frente al apartheid de las reservas de negros en África del Sur o de indios en Estados Unidos. Para átomos que se muerden no está mal del todo.

Ahora resulta que *Cristóbal Colón* es *Cristóforo Colombo* y el descubrimiento de América la obra de un italiano que celebran los italianos en Estados Unidos. ¡Vaya por Dios! «*La Pinta*», «*La Niña*» y la «*Santamaría*» salieron del puerto de Génova, leeremos un día de éstos. Está toda la geografía occidental y hasta oriental—en Japón y en Filipinas—salpicada de colegios y universidades que se denominan *Loyola*. Sin los jesuitas, planta que florece en el jardín cultural y religioso español, se habrían suprimido un sinfín de centros educativos donde se han formado tantos altos ejecutivos, pensadores, científicos o escritores.

Se deja llevar *Unamuno* de su orgullo tribal de español algo acomplejado cuando sostiene que pesa más en la balanza de la cultura occidental la pintura de *Velázquez* que la música de *Bach*, o la vida de *Teresa de Ávila* que la «*Crítica de la razón pura*», de *Kant*. Pero «*se pasa asimismo un pelín*», el *lord Clark*, que en gloria esté, cuando en su célebre libro y serie de televisión «*Civilización*» dice en el prefacio que a la hora de hacer un balance de la civilización europea y de las grandes ideas y figuras que la han forjado o configurado, no cita a España, «*porque no hay por qué citarla*». ¿Y no pecará *Hugh Thomas* de fanatismo al afirmar alegremente que no hay fanatismo como el fanatismo español? (Párrafo de la edición inglesa que no aparece en la edición española.)

Parece innegable que a las puertas de 1992, hay que revisar muchos tópicos, sopesar muchos hechos, comparar y contrastar los músicos, pintores o poetas españoles con los alemanes o japoneses, la cultura española con la sueca o la francesa, y también los santos inquisidores o dictadores españoles con otros *führer*, *ayatolas*, *dantonés* y *robespierres*, o bien *Guernica* con *Nagasaki*. Hay mucha tela histórica y cultural por cortar. Quizá después de descubrir América ha llegado el momento de descubrir España.

## CARTAS DE LOS LECTORES

### Exclusivas en las iglesias

Somos un colectivo de cuatro fotógrafos establecidos legalmente en Fuenlabrada, que ante la injusticia que en nuestro trabajo y dignidad personal se está cometiendo nos vemos en la necesidad de plantear a la opinión pública lo que sigue:

Ante la negativa continuada y contumaz que se nos ha venido haciendo desde siempre, de acompañar a nuestros clientes a plasmar los actos litúrgicos, decidimos en el mes de junio realizar una huelga de hambre de cuatro días de duración para acabar con las exclusivas de las iglesias, que sólo llevan a beneficiar a unos pocos y encarecer el servicio al personal, que se

ven en la obligatoriedad de aceptarlo o de no tener el recuerdo de este acto (boda, bautizo, comunión).

Finalizamos la huelga de hambre bajo la promesa formal del señor párroco de que iba a dar solución al problema y nosotros confiados de su «santa palabra» accedimos de buena fe. Ilusos de nosotros, porque ahora nos ha hecho quedar en mal lugar y menospreciados social y personalmente.

Esto es un grito de socorro y de impotencia porque nadie desde Ayuntamientos, colectivos políticos y jerarquías eclesásticas nos quiere ayudar.

Gregorio Portillo. Fuenlabrada (Madrid)

## RAMON ESCOVAR SALOM

Abogado. Ex ministro venezolano de Relaciones Exteriores

### La juventud y el porvenir

Con los nuevos cambios tecnológicos, el porvenir no está automáticamente garantizado. Y así, los jóvenes que han cultivado una esperanza y han acometido sus estudios superiores con una ilusión en el porvenir pueden encontrarse al final en medio de la más palmaria frustración.

LOS jóvenes de hoy muestran una particular inquietud ante el porvenir y eso, en gran parte, se debe a una concreta circunstancia: el desempleo. La primera consecuencia de esto es que en la mayor parte del mundo la juventud es cada vez menos «utópica» y se está identificando con aspiraciones o reformas específicas, en lugar de hacerlo sobre proyectos grandes o globales. Esta vocación por el realismo es necesario analizarla con atención.

Hace treinta años comenzó a marcarse la tendencia de la sociedad industrial hacia la utilización progresiva del conocimiento especializado o profesional. Tal proceso mostró que los sistemas de producción necesitaban más ingenieros que obreros, lo cual obligó a los jóvenes a presionar sobre la consecución de diplomas en estudios superiores. El Bachillerato, que durante mucho tiempo fue un privilegio excepcional, se volvió común y, en varios países, obligatorio. El grado universitario se convirtió en inevitable requisito hacia el ascenso y la promoción, además de abrir el camino del empleo. Pero la sociedad industrial del final de este siglo y de comienzos del próximo es muy diferente a la de los años cincuenta, cuando la automatización comenzaba a ser una novedad.

El empleo está en crisis en todo el mundo y no hay signos de recuperación a la vista, porque no depende de la intención y capacidad de los Gobiernos, sino de un cambio tecnológico fundamental. Se está pasando de un tipo de sociedad a otra, de una civilización a otra, y la sacudida es mayor que la que conocieron los países europeos en la época de la primera revolución industrial. De esta manera, el tema de la juventud queda profundamente influido por hechos nuevos que es preciso enjuiciar con criterios dife-

rentes a los del pasado. En todas las épocas los jóvenes han tenido algunos perfiles comunes, y es muy probable que un joven de la primera mitad del siglo XX se pareciera más a uno de la segunda parte del siglo XIX que a los que tienen veinte años en este último tramo de los años ochenta.

Los jóvenes de hace treinta años o cuarenta años éramos preciberneticos. Los de ahora se mueven en una civilización donde el computador es el personaje central y los mecanismos y reflejos de la sociedad se vuelven más ciegos y automáticos. En los países del llamado Tercer Mundo el asunto se complica aún más porque los métodos de producción son muy elementales y la mayor parte de ellos ni siquiera han trascendido los niveles de la industrialización elemental. De todos modos, en las naciones adelantadas como en las atrasadas, los jóvenes tienen en común la aspiración a solucionar problemas concretos e inmediatos. Esto hace que los movimientos juveniles se concentren en metas específicas, muchas de ellas orientadas hacia la garantía del empleo.

Las estadísticas están mostrando que hacia el año 2000 habrá muchos diplomados convertidos en obreros, lo cual modifica la tendencia hasta ahora prevaleciente. Este hecho es de por sí una conmoción, porque los jóvenes que han cultivado una esperanza y han acometido sus estudios superiores con una ilusión en el porvenir pueden encontrarse al final en medio de la más palmaria frustración.

A estas alturas es preciso orientar a los jóvenes con honestidad y con franqueza. Durante mucho tiempo a la juventud se la ha adulado, se la ha hablado para halagarla y, en muchos sentidos, se la ha divinizado. Pero hay que tener bien claro que adular a los jóvenes

no es orientarlos. Es preciso, entre otras cosas, analizar ante ellos, con absoluta franqueza, el tema del porvenir y decirles que juventud y porvenir no son en el tiempo que viene palabras necesariamente equivalentes. En otros términos: el porvenir no está automáticamente garantizado y es necesario enfrentarlo con precauciones. Una de estas precauciones en vista de los riesgos, incertidumbres y perplejidades actuales, es que el joven debe saber educarse con una mentalidad que le permita tener un conocimiento y un oficio, de los cuales pueda vivir en todas partes y en todo tiempo. Esto lleva hacia la necesidad del oficio, conocimiento o aprendizaje alterno.

No basta con una profesión, con un título universitario. Al lado del entrenamiento tradicional es preciso otro que, con flexibilidad, pueda adaptarse al mercado de trabajo en el mundo. En el futuro, seguramente, se moverá con más facilidad la mano de obra de un país a otro, y un profesional ha de tener aptitudes para sobrevivir dentro de estos desplazamientos. En el más móvil de los países del mundo, en los Estados Unidos, la gente cambia constantemente de domicilio y de lugar de trabajo. Esta característica tiende a internacionalizarse y faltan todavía acuerdos entre los Estados que la faciliten y la hagan más equilibrada y más justa. En ninguna profesión, aun en las que estaban más abrigadas hasta ahora, hay seguridad de empleo. La cuestión de los títulos en la educación superior, de los diplomas, y el de la selección universitaria, es preciso analizarla dentro del contexto. Con el oficio alterno y la mentalidad planetaria se requerirá una estructura psíquica, una fuerza interior, para asociarse con los riesgos y para vivir dentro de las incertidumbres de una civilización que está cambiando radicalmente.

## FORGES/DICCIONARIO DE VACACIONES 87

